

ESTUDIOS Y NOTAS

LEY Y LIBERTAD EN LA HISTORIA

El texto que publicamos está tomado de la cinta magnetofónica de la conferencia dada por el Prof. Toynbee en el aula del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid.

CREO que cuando los hombres de mi edad, o más viejos que yo, que se hallen en este local, frizando, por tanto, en los sesenta, eran jóvenes, esta cuestión de la ley y la libertad en la Historia fué para ellos un tanto abstracta. En efecto, si dirigen la mirada al tiempo pasado, cuando fueron jóvenes, recordarán que en nuestro mundo moderno occidental no era tenida como muy interesante. Se creía que el futuro estaba asegurado. Si existía una ley de la Historia ésta era, según opinión de aquellos años, la ley del infalible, seguro y cierto progreso. El occidente era cada vez más rico, cada vez mejor, y entonces ¿para qué plantearse cuestiones?, ¿por qué discutir acerca de la ley y la libertad en la Historia? Claro está que la humanidad ha tenido desde antiguo conciencia de su extraña posición en el universo y ha discutido esta cuestión filosófica de la ley y la libertad, tanto en general como en la Historia; pero en las postrimerías del siglo XIX aparecía la discusión un tanto pasada de moda, abstracta e incluso necia. Ahora bien, nosotros, en el transcurso de nuestra generación, hemos vivido un extraordinario cambio en la actitud occidental frente a las perspectivas que se deparaban a este mismo Occidente. Desde aquella extrema y exagerada complacencia, desde aquel optimismo, hemos venido a parar a un estado, tal vez así mismo exagerado y extremo, de inquietud y ansiedad; queremos ahora saber la ley que rige nuestros destinos. De todos los ámbitos y rincones del mundo occi-

dental se oye preguntar a las gentes, llenas de pánico: «¿está nuestra civilización condenada?, ¿estamos impelidos a declinar y perecer del mismo modo que otras civilizaciones han decaído y se han hundido en los dos últimos milenios?» A la luz de esta nueva y, me atrevo a sugerir, tal vez excesivamente angustiada y pesimista visión acerca del futuro del Occidente, la cuestión de la ley y la libertad en la Historia se ha convertido en una cuestión no meramente abstracta, sino en una cuestión acuciante, en una cuestión de interés actual, y se ha activado la inquietud que siempre despertó como tema general en la mente humana. Se ha hecho, pudiéramos decir, una cuestión tópica de nuevo como lo fué conscientemente en tiempos en que no se era ni excesivamente confiado en los propios recursos ni excesivamente pesimista.

Existe, sin duda, un punto de vista cristiano tradicional de las relaciones de la ley y la libertad en la Historia, que nuestro mundo occidental cristiano heredó de la tradición judía y sobre la cual se apoya.

A diferencia, quizá, de los indios y de los griegos, los israelitas consideraban la historia no en términos abstractos de ley y libertad, sino en términos de relaciones personales entre los hombres y Dios. Los profetas de Israel creían que Dios revelaba su voluntad a los hombres de un modo directo y les exhortaba a obrar concertadamente con su voluntad, pero que les dejaba libres de seguir o no sus órdenes, quedando ellos francos para escoger entre obedecerle o no. Y este punto de vista, heredado por el cristianismo, trasladado a términos específicamente cristianos, perduró como el punto de vista clásico acerca de la Historia a través de toda la Edad Media, y creo que hasta todo el comienzo de la Edad Moderna, hasta finales, a lo menos, del siglo XVII, al ser expresado por uno de los grandes expositores de la doctrina: Bossuet. Sin duda que no es un punto de vista exclusivamente cristiano: comulgan en él los judíos y el mundo islámico, los dos pueblos monoteístas de religión revelada. Pero en este nuevo mundo occidental creo que el último expositor de esta doctrina fué Bossuet, en su *Discours sur l'histoire universelle*.

Desde los tiempos en que Bossuet revisó la última edición de su *Discours* —creo que fué en 1705 cuando se publicó esta edición— ha ocurrido una gran revolución intelectual en nuestro mundo occidental, y la idea de la historia tradicionalmente cris-

tiana, la de las relaciones entre Dios y el hombre en la Historia, se ha desacreditado. Pienso que una de las razones de este descrédito de la idea tradicional es que ha sido falseada y que si se estudiara la exposición misma de Bossuet se podían ver en ella rasgos de este falseamiento. Según mi opinión, es fácil falsear y equivocar el punto de vista cristiano y judío de la Historia tan sólo con minimizar y menospreciar y tal vez prescindir, en fin de cuentas, del elemento de la libertad humana. Es demasiado fácil, teniendo la mente llena de la omnipotencia divina, creer que la Historia es un proceso en el que Dios impone su voluntad, en el que obra su plan providencial sin que comporte la libertad humana para aceptar o cooperar en este plan o para rechazarlo y cargar con las terribles consecuencias de este rechazo. Recuerdo ahora las obras de un muy erudito arzobispo protestante episcopaliano inglés del siglo XVII, el arzobispo Usher, uno de los hombres más sabios de su tiempo, gran cronógrafo y uno de los más prudentes de la iglesia episcopaliana. Aplicó la ciencia de su tiempo a la Historia y elaboró las fechas de la Historia Universal en términos muy precisos. Si examinamos su libro sobre la «cronología cristiana», encontramos que el cristianismo llegó a la hora precisa, en el minuto preciso del mes preciso del año 4004 del calendario judío. Es decir, a una cierta hora de la tarde, a las seis o seis y media, de aquel mes del año 4004 de la creación del mundo. Esto era desconcertante y un tanto repelente a la razón humana. Si miramos ahora, no al comienzo de la Historia, sino a su acabamiento en este mundo (de acuerdo no con la idea clásica cristiana y judía, más con su caritatura) recuerdo que una vez hojee en una mansión rural de Escocia un viejo infolio que contenía la *Crónica de Nuermberg*, vieja crónica frecuentemente reeditada desde comienzos del siglo XVI, cien años antes de los tiempos del arzobispo Usher. Estaba ilustrada con grabados en madera muy expresivos. Volviendo las hojas, desde el pie de imprenta, fechado en 1550 o en 1560 hasta el final de lo impreso del texto de la crónica, pude comprobar que seguían seis páginas en blanco, y luego en una docena de folios últimos venían unos dibujos, aterradores y llenos de vida, del *Apocalipsis* y del *Juicio final*. Las seis páginas en blanco habían sido puestas por el dueño del libro a fin de que fueran llenadas con los últimos sucesos de la Historia del mundo hasta el día en que las trompetas sonaran anunciando que había llegado el Juicio Final. Así se tendría completa la His-

toria del Mundo desde aquel primer día —primero del año 4004 antes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo— hasta una tarde cualquiera, quizá a las seis horas de una tarde del año 1594, en que sonara la última trompeta.

Fácil es ver que esta elaboración de la imagen tradicional cristiana de la Historia, que la convierte en una idea cronológica y deja a un lado el elemento de la libertad humana y su interacción con el Poder Divino, es algo así como una caricatura de la Historia y que repugna al hombre moderno.

No hay que olvidar que en nuestros días tenemos gobiernos muy conscientes. En todas las naciones y en todos los regímenes los gobiernos intervienen en la vida personal de los ciudadanos mucho más que lo hicieron en los siglos XIII o XVIII, y en todos los países se fraguan planes para tres, cuatro o cinco años. La noción de que Dios haya impuesto a la Humanidad un plan que pudiéramos decir a realizar en 6.000 años, es realmente de aquellos que sublevan la mente, y, creo, que no es más que una deformación de la idea tradicional cristiana, según la cual viene esta idea a quedar reducida a una especie de plan dictado que comenzó con la creación en un preciso momento y se desenvuelve hasta el fin del mundo. Pero esta deformación ha sido la causa de que el hombre occidental moderno haya rechazado hasta el momento presente la opinión tradicional cristiana. Esta repulsión comenzó, según creo, muy al comienzo del siglo XVIII y durante doscientos cuarenta años las mentes occidentales han intentado hallar otra explicación diferente de la clásica explicación cristiana.

El norte del mundo moderno occidental es el punto de vista científico. Habiendo, pues, descartado muy pronto la, a mi modo de ver, caricaturesca idea de la tradición cristiana del curso de la Historia, la mente moderna occidental se puso a buscar una explicación científica que ocupara el puesto de aquélla. Con ello se ha producido una controversia interesante, un tanto sutil y hasta la fecha, a lo que entiendo, no acabada. En efecto, dos nociones demasiado antitéticas y realmente irreconciliables acerca de lo que debe ser el método científico, se han enfrentado en el terreno de la Historia. La ciencia occidental comenzó, no con el estudio del hombre, sino con el estudio de la naturaleza no-humana, de modo que naturalmente aplicó a aquél las perspectivas, los métodos de investigación, las actitudes mentales que habían probado su extra-

ordinario valor en el estudio de la naturaleza no-humana. Al estudiar el mundo no-humano (en el que incluyo, desde luego, al cuerpo humano, su fisiología y anatomía, asimismo toda la historia natural de la vida del planeta, la biología y la astronomía y el conjunto del universo inanimado) el hombre occidental anduvo buscando y encontró con asombroso éxito las llamadas «leyes de la naturaleza». No cabe duda que el investigador científico de la naturaleza no-humana se interesa por los hechos individuales, que su investigación es una construcción exacta, objetiva, fundada en la observación de los hechos individuales; pero su interés real no son las ocurrencias individuales, aunque obligado a registrarlas, a hacerse exactamente con ellas, esto no es más que el comienzo de su investigación: lo que busca en los hechos individuales son las regularidades, las uniformidades, las recurrencias, lo que llama las «leyes de la naturaleza», de la naturaleza no-humana, si vemos las cosas desde nuestra propia naturaleza humana. No tendría sentido que el científico coleccionara los millones y millones de hechos del mundo físico, lo que, además, sería imposible. Lo que busca, pues, si ello es posible, es hallar las leyes más lúcidas, más simples por las que estos hechos son comprendidos.

En tiempos algo más recientes, habiendo hecho grandes conquistas en el terreno de la naturaleza no-humana, la inteligencia de los occidentales ha aplicado los mismos métodos científicos a los asuntos humanos. Antes de que existiera el alma occidental, el alma griega y el alma india habían estudiado las uniformidades, las regularidades y las leyes del intelecto humano y habían investigado en ellas la ciencia de la Lógica y de la Teoría del conocimiento. Herederos de estas bases, a través de nuestros predecesores griegos, hemos intentado aplicar los mismos métodos de investigación a las regularidades de otros departamentos de la vida humana. Desde los tiempos de la expansión del Mundo Occidental por todo el planeta, que españoles y portugueses comenzaron a descubrir; desde los tiempos en que el hombre occidental dominó los pueblos que aun se mantenían próximos a la naturaleza y se dió cuenta de la variedad de niveles culturales que existían simultáneamente sobre la haz de la Tierra, se comenzó a estudiar los pueblos primitivos. Los pueblos primitivos, sin duda, como todos los seres humanos, han tenido una historia, un pasado. De hecho la historia del estado en que algún ser pre-humano llegó a ser humano

en el curso de la evolución, debe haber sido el más importante y revolucionario paso de la Historia en la larga historia de la raza humana. Pero las memorias de aquel estado están perdidas. Lo que queremos decir con la palabra «pueblos primitivos» es, en cierto respecto, pueblos que no tienen memoria de su pasado, que no recuerdan más que una o dos generaciones, realmente, que piensan en términos de la memoria de una generación. Así, pues, al estudiar el antropólogo occidental tales pueblos no los mira históricamente ni como acontecimientos individuales, sino que los estudia desde el punto de vista de la investigación de las estructuras de la vida de las sociedades primitivas, y, como todos los científicos en el terreno de la naturaleza no-humana, trata de hallar las regularidades y las uniformidades. En el estudio de la vida primitiva ha logrado de nuevo la ciencia occidental extraordinario éxito al establecer una descripción científica de la naturaleza de las sociedades humanas primitivas. Y entonces con mayor atrevimiento el intelecto occidental se ha puesto a aplicar el mismo método científico a la vida de pueblos más adelantados, a pueblos que se encuentran decididamente en proceso de civilización.

En el campo de la economía fué también aplicado este método con éxito singular aunque era el caso que se trataba de la vida económica de pueblos muy alejados de la vida primitiva, «natural», como ocurre con los pueblos occidentales. Realmente hace sólo doscientos años más o menos que tenemos conciencia de las actividades económicas como algo aparte, como campo específico de estudios: mas desde un comienzo la meta de estos estudios fué la investigación de regularidades y uniformidades, considerándose los hechos individuales no por sí mismos, sino como significativos únicamente cuando en ellos se podía ver reflejadas las leyes del trabajo humano en general. Con mayor atrevimiento aún ha nacido recientemente la ciencia sociológica en el siglo XIX y ha intentado aplicar idéntico método al descubrimiento de leyes, regularidades, uniformidades, no solamente a aquellas económicas que rigen la economía del mundo occidental, sino a cuantas rigen la vida del hombre en proceso de civilización. Y este es el punto en que hallamos un profundo abismo entre las actitudes y opiniones de las diferentes disciplinas de la ciencia y el saber occidentales (Western Science and learning). En efecto, mientras los investigadores que atacan el estudio de la humanidad desde el punto de vista cientí-

fico, o sea desde el punto de vista de la ciencia de la naturaleza no-humana, buscan leyes, regularidades y recurrencias y esto también tratándose de asuntos humanos, los historiadores ofrecen por su parte una interpretación muy opuestas de lo que ha de entenderse por ciencia cuando este vocablo se aplica a los asuntos de la humanidad civilizada o quizá semicivilizada, tal como existe en el mundo occidental.

Para el historiador, el historiador moderno o digamos post-bossuetino, ciencia quiere decir cosa distinta que para el fisiólogo o el astrónomo que busca «leyes». El lo que quiere es averiguar el hecho individual. El historiador moderno occidental tiende a hacer hincapié en afirmar que la Historia no se repite, que cada hecho es único, que realmente sería no científico intentar ver en la Historia una norma. Al expresarse así, piensa sin duda en el modelo o norma que le ofreció el tradicional punto de vista de la historia cristiano-tradicional acerca del desarrollo de la vida humana desde la creación hasta la caída del hombre, desde la Redención al Juicio Final. Pero su repulsa de la idea de norma, de la idea de una conformación de la Historia, le lleva igualmente a rechazar el punto de vista científico moderno de las leyes de la naturaleza, como aplicable a la historia. Rechaza, en fin, cualquier norma, regla o ley. Me refiero naturalmente a la opinión general de los historiadores, no a las excepciones. El historiador, en desacuerdo con el científico, cree que el saber aplicado a la historia de la civilización es un estudio de los hechos individuales mirados como únicos, inconcebibles como casos destacados en el fondo de una ley o patrón que los regule.

Es patente el profundo abismo en el mundo occidental entre los historiadores por un lado y, por el otro, los economistas, antropólogos, sociólogos, fisiólogos y físicos. Para el historiador la Historia significa no otra cosa que una infinita corriente de acontecimientos únicos, sin regla, sentido ni significado alguno, mientras que para el científico lo único que importa, tanto en la historia de los pueblos civilizados como en la de los pueblos primitivos, son las leyes que rigen. El científico puede rechazar la ley si entiende por ella algo en relación con la vieja idea de una interacción entre la voluntad de Dios y la voluntad de los hombres, pero lo que él afirma es su propia idea de la ley de la naturaleza, una especie de ley abstracta que es ley sólo comparativamente a lo

que propiamente se llama así, y en la que se ha prescindido de Dios —el legislador.

A mi juicio, frente a los historiadores modernos, los científicos, que pretenden que hay alguna ley en los negocios humanos, que éstos tienen sentido, que en ellos hay leyes como en la naturaleza, tienen de su parte no pequeña parte de las evidencias que los historiadores, por su parte, no puedan explicar. Todos sabemos por experiencia que hay leyes y regularidades que se aplican a la vida no ya de los pueblos primitivos, sino también a la vida de nuestra civilización. El hecho de que las compañías de seguros existan, muestra que existen leyes, a lo menos estadísticas, que el hombre de negocios utiliza. Estas leyes pueden medir el futuro con suficiente exactitud para que las compañías citadas ganen y no pierdan. Si a veces pierden, casi siempre ganan, lo que es bastante para tener los fundamentos estadísticos por una interpretación en cierto modo científica, y que utilizan leyes que sirven para predecir el modo del acontecer, con notable exactitud.

Los seguros no se establecieron realmente hasta el comienzo del siglo XIX, cuando se dedujeron leyes matemáticas de ciertos hechos básicos. Vivimos un cierto número de años. Es posible, manejando cifras muy altas de defunciones, predecir, basándonos en las estadísticas pasadas y teniendo en cuenta condiciones semejantes de orden social, el número de años que vivirá un cierto grupo de hombres de una cierta edad al hacer el cálculo. Entonces se pone ante los ojos de un modo claro que existe una recurrencia cíclica en nuestras vidas, es decir, que el ritmo de la vida es cíclico, es una recurrencia cíclica, a la que cada ser humano está sujeto. Pero también existe un ciclo anual de la vida. Sin duda que el diario trabajo acumulado en las factorías durante los trescientos sesenta y cinco días del año, del ciclo natural del año, nos presenta a las sociedades altamente industrializadas, como independientes en cierto modo del mencionado ritmo. Pero aquel ritmo anual subsiste en un cierto grado. Después de todo, el nivel de la vida industrial descansa todavía sobre la base de la agricultura, que sigue siendo aún en las sociedades más avanzadas, el fundamento de su vida —los alimentos— económica. Esto nos hace ver que el ciclo anual está presente. El ciclo agrícola del año es algo común a las más primitivas culturas y a las más avanzadas. Me figuro que pudiera escribirse la Historia de España desde la Edad Media, tal vez desde

los romanos o desde los tiempos primitivos, en términos del ciclo pascual, en términos de la emigración bianual de los rebaños arriba y abajo, a lo largo y a lo ancho de la Península, y de los conflictos que se han producido por el paso de los ganados en busca de los pastos de invierno o de los del verano a través de los sembrados de los labradores, en términos de las disputas surgidas entre los intereses de los que querían alimentar sus ganados y aquellos otros de los agricultores. Se podría escribir la historia tanto política como económica de España y quizá la cultural en términos de este ciclo anual de la transhumancia de los pastores y sus ganados.

Aunque el mundo industrial ha nacido recientemente, tan sólo hace doscientos años, ya los historiadores, si bien basándose en series breves de datos, están descubriendo ritmos en nuestra vida industrial, ciclos económicos, fluctuaciones económicas que son misteriosas regularidades. Parece, en efecto, que no hay duda de que existen ciclos de dos años, otros de nueve o diez e incluso otros de cincuenta o setenta años, según dicen los expertos, aunque este último sea el más problemático. En nuestra vida económica y en otros aspectos de nuestra vida en general, puesto que todo en ella es interdependiente, no parece dudosa la existencia de regularidades, recurrencias y ritmos.

Parece, pues, que los científicos acumulan frente a los historiadores un ingente cuerpo de evidencias que demuestran la existencia de niveles de vida, de sentidos de la vida, de campos de su actividad que se repiten día a día, año a año o incluso cada medio siglo. Ahora bien, mucho antes que estos cálculos estadísticos de los que se desprende la existencia de ciclos en los asuntos humanos tomaran forma en la mente de los modernos economistas, los griegos y los indios habían llegado a la conclusión, fundada en verdad en datos ligeros, de que la vida humana estaba gobernada por las leyes de la naturaleza, y se habían aventurado a decir que, siendo así que parte de la vida humana estaba dominada por ciclos y recurrencias naturales, también el conjunto de la propia vida humana tenía que ser cíclica y retornante, sometida a revoluciones reguladas como los cuerpos celestes. Cuando los babilonios, tal vez en el siglo VIII antes de Cristo, descubrieron que las posiciones relativas del sol y los planetas volvían a repetirse después de un periodo de miles o cientos de miles de años, pareció este descubrimiento tan fascinador que se arrojaron a pensar que todo lo existente, in-

cluyendo la vida espiritual, estaba sujeto a la misma ley de hierro de la recurrencia.

Siempre ha acontecido lo mismo en el caso de los descubrimientos científicos. Cuando se hace un nuevo y maravilloso descubrimiento en un terreno del saber, nos emborrachamos de tal modo con él que queremos utilizarle, como llave maestra que nos abra todos los secretos de la vida.

Me figuro que babilonios, griegos e indios, cometieron el error de aplicar su descubrimiento a toda la vida humana. Y este es un caso en que los historiadores, que dicen que la historia es única y no se repite, tal vez tengan algo que objetar a quienes quieren que todo sea regularidad científica y recurrencia, incluso en los asuntos humanos. Ahora bien, esta doctrina de que todo lo existente, tanto lo material como lo espiritual, está sujeto a la ley de hierro de la recurrencia —de modo que se puede predecir el conjunto del futuro espiritual y de cada alma, como se puede predecir el término medio de accidentes de automóviles o de incendios o cualquier otro que prevean las Compañías de Seguros—, parece ser una exageración que se opone a nuestra directa y personal experiencia humana del libre albedrío. Mas, por otra parte, los historiadores que se reafirman tan absolutamente en la unicidad de cada acontecimiento singular parece que no quieren entender los hechos que nos dicen que hay, a lo menos en algunos terrenos, recurrencias y uniformidades en los asuntos humanos.

El hecho de que tengamos experiencia de ambos elementos: la libertad en la vida humana y la uniformidad o la ley, nos sugiere que uno y otro elemento, ley y libertad, obran conjuntamente. Si así fuera, la cuestión predominante sería: ¿Es el elemento único, el elemento de la libertad, algo que está subordinado, que es incidental, del que hay destellos y vislumbres, pero que no dice, en última instancia, la palabra decisiva, siendo meramente una mitigación de la necesidad férrea de la recurrencia? ¿O es el elemento de recurrencia, del que por otra parte no podemos dudar, algo secundario y subordinado al elemento de libertad en la vida? Esta gran cuestión, según creo, es la que se debate en el mundo occidental desde que la idea clásica cristiana fué descartada hace aproximadamente dos siglos.

Ninguno de nosotros puede contestar a esta pregunta y tal vez ninguna mente humana pueda hacerlo. Tan sólo voy a ofrecer, en

conclusión, una especie de símil del que pueda presumirse alguna como respuesta. Mi propia opinión, para decirlo de una vez y con franqueza, es que el elemento de recurrencia y uniformidad, y creo que todos tenemos una idea parecida, está subordinado y no es superior al elemento de libertad. Comparo el movimiento de los asuntos humanos, empleando una imagen familiar, al movimiento de un carro. Uno de esos carros tirados por mulas o por burros que tal vez pasan a estas horas por los caminos que van a Toledo. Al moverse el carro el científico mira a las ruedas y ve que las ruedas giran en movimiento cíclico, regular y recurrente. Dice entonces que puede predecir el movimiento, pero desde luego esto es una falacia. Es verdad que las ruedas giran en ciclo, pero de ahí no se sigue que el carro mismo se mueva en línea circular. El movimiento circular de la rueda permite al carro cualquier ruta, la que el conductor decida seguir. Si es el conductor de un automóvil, tal vez la ruta dependa solamente de él, pero si el conductor conduce un animal como el mulo o el burro —que es un animal terco y difícil de manejar— hay que tener en cuenta las dos partes: el conductor y el burro. Ahora bien, si puedo sin irreverencia aplicar esta metáfora familiar a la idea tradicional de la historia cristiana, judaica e islámica se verá en ella que un carro con el movimiento cíclico y recurrente de sus ruedas permite al conductor y al animal que tira del carro que entre ambos decidan la ruta que el carro va a seguir.

Volvemos a estar cerca de la idea tradicional de las relaciones entre Dios y el hombre, que fué descubierta hace tiempo o, si nos expresamos con las viejas palabras, que fué revelada a los profetas de Israel y Judá. En este símil, el movimiento cíclico de las ruedas sería el de las leyes de la naturaleza, aquellas leyes que permiten a las Compañías de Seguros hacer sus predicciones y sus ganancias. El movimiento que vemos en los ciclos naturales, en las emigraciones de los ganados, en las cosechas, no son sino ciclos subordinados que ya no obligan simplemente, sino que, aun siendo movimientos cíclicos, permiten seguir una dirección determinada, prescrita por las voluntades de seres que, ciertamente, no son inanimados. Creo que el expositor de la doctrina tradicional cristiana de la Historia diría ahora que Dios, en su omnipotencia, podría, si lo hubiera escogido en sus decretos, hacer que el carro marchara en la dirección que El hubiera prescrito, sin necesidad de llamar a copar-

icipación ni siquiera a una coparticipación subordinada, a ninguna de sus escrituras. Pero habiendo creado al hombre con libertad para aceptar o no la voluntad divina, le ha colocado, por decirlo así, en la posición de la mula, el caballo o el burro, a quienes el conductor humano conduce tirando del carro a lo largo de los caminos. Si bien es el caso que el alma humana en sus duelos con Dios no puede, en último término, desviarle de su propósito, no obstante poseyendo la libertad de seguir o de rehusar lo que Dios le propone, viene a resultar que por aquel don de la libertad que Dios le ha dado puede, en definitiva, cooperar o no cooperar con el propio Dios. No creo que esto sea volver otra vez a la idea de la Historia en la forma de un Dios que a mí me parece dibujado caricaturescamente, que impone un plan de seis mil años, como el que fué trazado, un tanto ridículamente, por aquellos científicos, tales como el Arzobispo Usher o el editor de la Crónica de Nuerberg. Pero espero que podamos volver a algo semejante a la idea tradicional de judíos, muslines y cristianos iluminada, eso sí, por los maravillosos descubrimientos de los últimos tiempos, aunque no eclipsada por ellos.

Creo que si podemos recuperar aquella idea de la interacción entre la voluntad de Dios y la del hombre y aquella idea de la posibilidad para el hombre de cooperar con la voluntad de Dios, estaremos en disposición de enfrentarnos con el difícil y angustioso futuro, y esto con mayor valor y con una mayor esperanza y con menos miedo del que nos ha acometido al sentir como se nos iba de las manos la excesiva confianza y el optimismo del siglo XIX.

ARNOLD TOYNBEE